



La Santa Sede

MENSAJE URBI ET ORBI DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Pascua, 27 de marzo de 2005

1. *Mane nobiscum, Domine!*

¡Quédate con nosotros, Señor! (cf. *Lc 24,29*).

Con estas palabras, los discípulos de Emaús invitaron al misterioso Viandante a quedarse con ellos al caer de la tarde aquel primer día después del sábado en el que había ocurrido lo increíble.

Según la promesa, *Cristo había resucitado*; pero ellos aún no lo sabían.

Sin embargo las palabras del Viandante durante el camino habían hecho poco a poco *enardecer su corazón*.

Por eso lo invitaron: "Quédate con nosotros".

Después, sentados en torno a la mesa para la cena, *lo reconocieron "al partir el pan"*.

Y, de repente, *él desapareció*.

Ante ellos quedó *el pan partido*, y en su corazón la dulzura de *sus palabras*.

2. Queridos hermanos y hermanas,

la *Palabra* y el *Pan* de la Eucaristía,

misterio y don de la Pascua,

permanecen en los siglos como memoria perenne de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

También nosotros hoy, Pascua de Resurrección, con todos los cristianos del mundo repetimos:

Jesús, crucificado y resucitado, ¡*quédate con nosotros!*

Quédate con nosotros, amigo fiel y apoyo seguro
de la humanidad en camino por las sendas del tiempo.

Tú, *Palabra viviente del Padre*,

infundes confianza y esperanza a cuantos buscan
el sentido verdadero de su existencia.

Tú, *Pan de vida eterna*, alimentas al hombre

hambriento de verdad, de libertad, de justicia y de paz.

3. Quédate con nosotros, *Palabra viviente del Padre*,

y enséñanos palabras y gestos de paz:

paz para la tierra consagrada por tu sangre

y empapada con la sangre de tantas víctimas inocentes;

paz para los Países del Medio Oriente y África,

donde también se sigue derramando mucha sangre;

paz para toda la humanidad, sobre la cual se cierne siempre
el peligro de guerras fratricidas.

Quédate con nosotros, *Pan de vida eterna*,

partido y distribuido a los comensales:

danos también a nosotros la fuerza de una solidaridad generosa
con las multitudes que, aun hoy,

sufren y mueren de miseria y de hambre,

diezmadas por epidemias mortíferas

o arruinadas por enormes catástrofes naturales.

Por la fuerza de tu Resurrección,

que ellas participen igualmente de una vida nueva.

4. También nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio,

tenemos necesidad de Ti, Señor resucitado.

Quédate con nosotros ahora y hasta al fin de los tiempos.

Haz que el progreso material de los pueblos

nunca oscurezca los valores espirituales

que son el alma de su civilización.

Ayúdanos, te rogamos, en nuestro camino.

Nosotros creemos en Ti, en Ti esperamos,

porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna (cf. *Jn 6,68*).

Mane nobiscum, Domine! ¡Aleluya!